



## INCIDENTES Y FINAL DEL SITIO DE CUAUTLA

Las obras de circunvalación comenzaron el 5 de marzo y se compusieron de una larga línea de trincheras al sur y al norte de la población, un reducto con artillería en El Calvario y otro en las lomas de Zacatepec, y los caminos y puentes necesarios para las comunicaciones y los movimientos de las patrullas de vigilancia, que recorrían los intervalos de la línea, en número de 25 hombres de día y 50 de noche.

Morelos aumentó sus obras de fortificación, poniendo la hacienda de Buenavista en estado de defensa y formando un reducto frente al campamento de Llano. El 10 de marzo comenzó el bombardeo, que duró cuatro días y no produjo grandes daños ni el efecto moral que se esperaba sobre los sitiados, quienes resistieron el fuego, reparando sin cesar las brechas que los cañones hacían en sus parapetos.

Este nuevo fracaso hizo comprender a Calleja el equivocado concepto que se había formado de un enemigo que así resistía, y convenirse de que, habiendo fallado el asalto y resultado inútil el bombardeo, no tenía más remedio que esperar la llegada de piezas de artillería de sitio y limitar sus operaciones a un simple bloqueo. Los cañones de gran calibre fueron mandados traer de Perote con un convoy militar mandado por el brigadier Olazábal; pero antes de llegar a su destino fueron quitados a las tropas realistas por las partidas insurgentes que merodeaban por los llanos de Apan a las órdenes de Osorno. El bloqueo fue el recurso final de Calleja, pues aunque varias veces el virrey se obstinó en indicar la conveniencia de un nuevo asalto, él se opuso con razón a esta medida, juzgándose de antemano derrotado.

El 15 de marzo, a las cinco de la mañana, decía Calleja al virrey:

"Excmo. Sr.: No he recibido correspondencia de V. E. posterior a la del día 9 a la una y cuarto de la tarde que condujo el convoy.

"El enemigo sigue con el mismo tesón fanático, reparando las ruinas que le causa nuestra artillería, situada a medio tiro de fusil de sus baterías, apagando los fuegos, bailando y repicando a cada bomba que les cae, sin salir para nada del recinto, ni el clérigo Morelos de su casa, desde la que, con aire de inspirado, dicta providencias, que ejecutan fielmente Galeana, los Bravo, dos Frailes Dieguinos, Diego Ramírez y Manuel Muñoz, el clérigo Matamoros y otros.

"Si yo hubiera tenido tren de sitio la empresa estaría concluida."

Y a las seis de la tarde, creía necesario volver a escribir, como para desahogarse:

"Excmo. Sr.: A las cinco de esta mañana di parte a V. E. del estado de Cuautla y de mis operaciones, del que acompañó duplicado sin tener que añadir.

"Es necesario sumergir a Cuautla y a sus obstinados defensores en el centro del abismo, para escarmiento de los que sin este ejemplar, intentarían imitarlos; V. E. como yo está penetrado de esta verdad, y no dudo que los auxilios serán proporcionados a la necesidad y a la posibilidad."

Las condiciones de los dos ejércitos enemigos hacían presumir un terrible fracaso para los realistas, porque la única causa capaz de traer la derrota a los insurgentes era la falta de agua y de víveres. El agua que surtía a la población fue cortada por orden de Calleja; pero los sitiados tuvieron por algún tiempo líquido bastante en los pozos y aljibes del lugar. Después, cuando estas reservas no fueron ya suficientes, lograron hacer correr el agua que estaba detenida, atacando al destacamento realista de la presa de Juchitengo, y por último, para asegurarse definitivamente la posesión de dicha presa, construyeron en ella un torreón cuadrado y cerrado y un espaldón. La construcción de esta obra fue propuesta a Morelos por Galeana y ejecutada bajo la dirección de éste. A la vista del enemigo y sufriendo el fuego del batallón de Lovera, los insurgentes, protegidos desde un bosque cercano, levantaron rápidamente los muros del torreón.

En cuanto a los víveres, la previsión de Morelos había reunido aprovisionamientos que al principio se juzgaron suficientes. No era posible suponer que el sitio se prolongara tanto tiempo, y se tenía esperanzas fundadas de que los independientes que recorrían las regiones vecinas podrían introducir subsistencias a los sitiados. No era de creerse que el sitio se prolongara más de un mes después de comenzada la cir-

cunvalación, porque el clima de la comarca tenía que hacerse cada día más malsano para los sitiadores. Mientras no comenzaran los grandes calores ni las lluvias, con su cortejo de fiebres, los soldados de Calleja no tenían que sufrir con rigor las consecuencias de aquel clima, que les era hostil. Pero con el mes de abril y desde fines de marzo tenía que llegar la estación de las aguas, haciendo insostenibles las posiciones realistas.

El humor de Morelos, que no temía mezclar la nota vulgar con los temas épicos, se muestra en el mensaje que envió a Calleja dentro de una cubierta de la Secretaría del virreinato y que decía así: "Señor español: el que muere por la verdadera religión y por su patria, no muere infiusta, sino gloriosamente. Usted, que quiere morir por la de Napoleón, acabará del modo que señala a otros. Usted no es el que ha de señalar el momento fatal de este ejército, sino Dios, quien ha determinado el castigo de los europeos y que los americanos recobren sus derechos. Yo soy católico y por lo mismo le digo a usted que tome su camino para su tierra, pues según las circunstancias de la guerra, perecerá entre nuestras manos el día que Dios decrete ese futuro posible; por lo demás, no hay que apurarse, pues aunque acabe ese ejército conmigo, y las demás divisiones que señala, queda aún toda la América que ha conocido sus derechos, y está resuelta a acabar con los pocos españoles que han quedado.---Usted sin duda está creyendo la venida del Rey don Sebastián en su caballo blanco a ayudarle a vencer la guerra; pero los americanos saben lo que necesitan y ya no podrán ustedes embobarlos con sus gacetas y papeles mentirosos. Supongo que al Sr. Calleja le habrá venido otra generación de calzones para exterminar esta valiente división, pues la que trae de enaguas no ha podido entrar en este arrabal; si así fuere, que vengan el día que quieran, y mientras yo trabajo en las oficinas, haga usted que me tiren unas bombitas, porque estoy triste sin ellas. Es de usted su servidor el fiel americano Morelos. P. D. El capitán Larios, después de muerto, como usted dice, cogió la valija que contenía esta cubierta. Cuautla, sobre el campamento de Calleja, 4 de abril de 1812."

Hasta entonces la fortuna se inclinaba francamente por Morelos; cada paso de Calleja había sido marcado por un fracaso, y la marcha lógica y normal de los acontecimientos habría traído sin duda el triunfo total de los independientes.

Véase esta prueba elocuente:

Oficio de Calleja al virrey Venegas:

“Excmo. Sr.: El tiempo que hasta la fecha ha mediado desde el 20 de febrero, en que manifesté a V. E. que era necesario emplear la artillería de batir contra Cuautla, la hará, en mi concepto, inútil en lo sucesivo; la estación de aguas se halla tan adelantada, que en el orden regular debemos esperarlas de uno a otro día; la atmósfera está cargada, y ya hemos sufrido dos fuertes aguaceros; el suelo es pantanoso y atascoso, hasta el punto que sería muy difícil y acaso imposible retirar ni aun mover la artillería gruesa, que nos veríamos probablemente en necesidad de abandonar.

“Mi salud, que V. E. sabe salió de esa capital en muy mal estado, ha sufrido un ataque bilioso, que ayudado del clima me ha puesto a los umbrales del sepulcro y que me imposibilita continuar en el mando, de que es indispensable que V. E. se sirva relevarme.

“Preveo que el levantar el sitio de Cuautla es soltar los diques a la insurrección, que cundirá con espantosa celeridad; pero preveo también que de mantenerle se arruina infaliblemente el ejército, único apoyo del gobierno y de los hombres honrados; hemos dejado pasar dos meses con poco fruto; hemos dejado avanzar la estación y estamos en el caso de tomar sin demora el partido que más convenga en las circunstancias y de no perder el tiempo en perplejidades.

“En este estado apurado espero órdenes terminantes de V. E. de lo que se deba ejecutar.

“El enemigo continúa haciendo salidas todas las noches.

“Abril, 11 de 1812, a las 8 de la noche.”

Nunca hasta entonces estuvo más cerca del fin el dominio español en México, porque si el destino no interviene, las tropas de Calleja, deshechas por los calores y las enfermedades, desmoralizadas por el fracaso, obligadas a levantar un sitio después de un asalto frustrado y de un bombardeo sin consecuencias, hubieran quedado aniquiladas por la dispersión y la muerte, perseguidas al mismo tiempo por la naturaleza y por el enemigo, que quedaba entero y enardecido por la victoria.

Sin el ejército del centro, amagada Toluca por Rayón y las numerosas partidas insurgentes como un enjambre sobre la capital y sus caminos, Morelos no tenía más que caer sobre México, como ya lo había pensado, con su ejército fortalecido por el éxito y creciendo a cada paso con numerosos adeptos, para encontrar en la sede del poder colonial una muy pobre resistencia y la ayuda de los ocultos partidarios de la insurrección. Pero, desgraciadamente, no entraron más ví-

veres, y la estación de aguas se retrasó ese año de un modo anormal. Los jefes insurgentes Bravo, Tapia y Larios no pudieron hacer entrar ni un solo grano de maíz en Cuautla, y a pesar de su tenacidad y sus esfuerzos, fueron constantemente derrotados.

En medio de las escenas de horror y de muerte, cuenta Zárate que Morelos acudió al recurso de improvisar fiestas sencillas en los puntos más expuestos a los fuegos del enemigo. Quería proporcionar a sus soldados algún solaz y levantar así el ánimo de los defensores de Cuautla. Elegía preferentemente para estas diversiones el terreno próximo al reducto construido por Galeana para defender la toma del agua, y allí, rodeado de los principales jefes de su ejército, tomaba parte en los bailes y jamaicas de flores. Los disparos de los cañones realistas no eran bastantes para terminar las fiestas. Cada una de sus balas era saludada por las músicas; una aclamación inmensa se alzaba del reducto del agua, y respondiendo luego de los demás puntos fortificados del recinto, se convertía en un grito entusiasta y unánime. Alguna vez fue tan nutrido el fuego de los sitiadores y estuvo tan en peligro la vida de Morelos, que sus soldados le obligaron, casi con violencia, a guarecerse tras la trinchera del reducto.

Antes de entrar en combate —refiere Bustamante—, cuatro músicos de don José Osorno tocaban el

*Rema, nanita, rema,  
rema y vamos remando,  
que los gachupines vienen  
y nos vienen avanzando.*

*Por un cabo doy dos reales  
por un sargento, un doblón;  
por mi general Morelos  
doy todo mi corazón.*

Un memorialista anónimo anota en su diario:

“1812, abril, 5.

“Morelos ataca la batería del Calvario, en que mata a su comandante, Gil Riaño, y a otros 10; se apodera de galletas, cigarros y abandona siete cañones que había quitado. Tenía ya en San Diego 300 febricitantes y valía una caja de cigarros 20 reales; un gato, seis pesos; una iguana, 20. Ya se acababan los cueros, ratas, lagartijas, etc.”

El 21 de abril salió de Cuautla, forzando las líneas enemigas, el general Matamoros, y en el combate que tuvo que sostener para quebrantar la circunvalación perdió gran parte de los 100 hombres que lo acompañaban y fue muerto el coronel insurgente Perdiz, mandando Calleja que su cadáver, desnudo y atravesado en una mula, fuera devuelto al campo de los sitiados como un ejemplo.

Aunque Matamoros se puso de acuerdo con don Miguel Bravo y logró reunir un convoy de víveres y parque, al intentar introducirlo en Cuautla fue rudamente atacado por los realistas, que se hallaban bien apercibidos, y sufrió un descalabro, no sin hacer sentir su presencia a los realistas, especialmente al batallón expedicionario de Lovera, que estuvo a punto de ser desbaratado. El convoy reunido por Matamoros fue aprovechado por los realistas, y con este fracaso, los sitiados perdieron la última esperanza de auxilio exterior.

Hasta el día 28 de abril la gente de Morelos había ya pasado por la tortura del hambre, pues las provisiones, que empezaron a agotarse un mes antes, habían llegado a faltar totalmente. La tremenda privación del alimento llegó a ser tan intensa, que fueron aprovechados como comestibles las alimañas, las cortezas de los árboles, el jabón, todo lo que tenía siquiera apariencia substancial.

El jefe realista no pudo menos que escribir estas frases: "Si la constancia y actitud de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y affligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres con repiques en celebración de su muerte gloriosa y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracia o rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, que promete la resurrección temporal y después el paraíso, con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes."

No hay que olvidar que quien habla es un jefe español, el más ferviente por la causa realista y, por tanto, tiene que hacer la salvedad de que no considera justa la causa de la Independencia, principalmente porque su persona y sus intereses están en el partido contrario. También es preciso rectificar la comparación que hace de Morelos con Mahoma, atribuyendo al primero actos de embaucador, como lo son de prometer a sus soldados la resurrección.

En nota del 2 de abril Calleja escribía a Venegas... "Morelos emplea todos los medios que se propone y son capaces de producir efecto, escopeteando todo el día a los diferentes puestos que cubren las tomas de agua, y no hay alguno que no haga sobre ellas algún ataque vigoroso, hasta llegar a las bayonetas."

Pero no podía dejar de desahogarse un poco, calumniando al enemigo que tan firmemente lo combatía, cuando agregaba: "El cobardón del cura Morelos no sale de su casa sino al amanecer de los días de fiesta, para exhortar a la canalla con el Divinísimo en sus sacrílegas manos..."

El virrey compartía la opinión de Calleja respecto a la semejanza de Morelos y Mahoma, puesto que le decía en un mensaje de 26 de abril: "Son muy exactas las reflexiones de V. S. sobre la constancia de Morelos y sus mahométicas máximas..."

"Los insurgentes hacen por todas partes el último esfuerzo..."

Tal vez los dos jefes españoles encontraban conveniente asimilar a los insurgentes con los musulmanes, para sentirse como caballeros cristianos en lucha contra la morisma, y poder tratar a sus adversarios como infieles.

En las pausas que permitía el bombardeo ineficaz de los realistas, que producía más ruido que daño, por su corto alcance y por la posición especial de la población elevada en medio de llanuras, Morelos pretendía a su vez usar otra especie de proyectiles, que suponía de más alcance moral, y lanzaba una proclama a los soldados de Calleja, que en su mayor parte eran nativos del país. Se dirigía a los "americanos entusiasmados por los gachupines":

"Soldados: todos los que militáis bajo las banderas de Calleja, escuchadme un momento procurando poner libre vuestro entendimiento, para poder distinguir las verdades que no conocéis por el entusiasmo en que os tienen o por la costumbre de obedecer trescientos años, sin saber siquiera por qué obedecéis... ¿Hasta cuando será depuesta vuestra ceguedad? ¿Hasta cuando conoceréis vuestros derechos?... Decidme, errados hombres, ¿cuál es el Rey que defendéis? Se os oculta acaso que prisionero en Francia con toda su real familia se ha ligado con... Napoleón y que Pepe Botella es rey de España? ¿No habéis oido decir siquiera que lo mismo fue faltar Fernando VII y su familia de España, que empezar los europeos (españoles) a formar juntas para gobernarlos, ya la de Sevilla, ya la Central, ya la de la Regencia, queriendo que en cada una de ellas resida la soberanía,

que ninguna de ellas tiene legítimamente?... Sabed que la soberanía cuando faltan los reyes sólo reside en la nación. Sabed también que toda nación es libre y está autorizada para formar la clase de gobierno que le convenga y no ser esclava de otra... Y la América se ha de poner libre..."

Y seguía en la proclama lanzando sus argumentos más o menos efectivos y en ocasiones de tan dudoso alcance como los cañones de Calleja: "Nuestra lid se reduce a proteger y defender en todos sus derechos nuestra santa religión y a extender el culto de Nuestra Señora la Virgen María..." Más aún, señalaba como un milagro la impotencia de la artillería realista que no podía destruir a Cuautla gracias a la protección celeste.

Los templos se habían convertido en parte de las defensas, pero era un sacrilegio apuntar los tiros contra las casas sagradas. Aquí el autor de la proclama, o su secretario, levantaba el tono para decir: "...desfallece mi respiración y se me cae la pluma de horror. Vuelvo a tomarla y os digo con todas las veras de mi corazón, que aunque mi ceguedad me tuviese sumergido en ese inicuo partido... perdería mil vidas antes que hacer fuego a aquel señor que fabricó los cielos y la tierra..."

Cuenta Bustamante que durante el sitio de Cuautla, Morelos había mandado que nadie saliera de la plaza situada fuera de las trincheras, pero "su sobrino, un niño de poco más o menos de nueve años desobedeció esta disposición".

Este muchacho a quien Bustamante llamaba "sobrino" probablemente por la tradicional costumbre de llamar así en aquella época y aquellos lugares al hijo de un cura, era más bien Juan Almonte. Y sigue Bustamante contando que el niño tenía el título de capitán de una compañía infantil, armada con carabinas chicas, que entre bromas y veras hacían de vez en cuando prisioneros y ejecutaba con formalidad sus ejercicios militares. En una ocasión fue utilísima, porque libró a Morelos en un ataque que éste dio creyendo que sólo había ochenta enemigos y resultaron trescientos, que se batieron en retirada cuando la compañía de chiquillos atacó por la retaguardia.

Y concluye Bustamante: "Su falta de previsión le hacía acometer tales empresas."

La presencia del hijo de Morelos es mencionada también por Alamán quien dice que el jefe insurgente tenía en Cuautla a su hijo mayor don Juan Nepomuceno Almonte a quien en sus declaraciones

dijo que llamaba "su adivino" aunque sin explicar el motivo. En realidad, como veremos más adelante Morelos expresó sobre este asunto en sus declaraciones que él no tuvo parte en el error de que algunos llamaran "el adivino" al muchacho.

Cuenta también Alamán que el batallón de niños se había formado para instrucción o entretenimiento con el nombre de "Compañía de los Emulantes" y Almonte era su capitán; que los muchachos salían a las trincheras y una vez condujeron en triunfo a un dragón que hicieron prisionero, aunque éste dijo que iba a presentarse a Morelos. Se agrega como información curiosa un parte del alcaide de la cárcel de Cuautla, de 27 de febrero de 1812 con esta nota: ... "Diez y ocho muchachos, soldados del niño capitán del Sr. General, presos de su orden. Anoche subió a la azotea el niño capitán con otros, y echándoles reatas sacó cuatro..."

Esto último indica que los soldaditos colmaban a veces la paciencia del general y quería tratarlos como a verdaderos reclutas, pero que el muchacho Juan se aprovechaba de la debilidad que por él tenía su padre.

La influencia que llegó a ejercer Morelos entre los suyos alcanzó un grado superior al simple mando militar, y el respeto fanático que por él sentían se confirmó en el mismo sitio de Cuautla y más tarde en el asedio de Acapulco, porque sólo su presencia y su influjo fueron capaces de hacer soportar a los insurgentes tan enormes sacrificios y tantos sufrimientos físicos y morales. Para un hombre que reunía excepcionales cualidades de caudillo, prestigiado por el triunfo, temido por la severidad y con el respeto de su carácter sacerdotal, la adoración de sus hombres, que eran al mismo tiempo sus fieles y sus soldados, tenía que alcanzar proporciones excesivas.

Tal vez entre las más bajas clases de su ejército corrió la voz de que el cura Morelos, directamente o por intermedio de su hijo Juan, nacido de Brígida Almonte, podía resucitar muertos a los tres días, y esta especie, exagerada al pasar de boca en boca, deformada por la ignorancia y sólo sostenida por la credulidad de las gentes que la recibían y trasmisian, llegó hasta Calleja.

Los motivos más serios que hay para creer en la existencia de un influjo extraño y como sobrenatural de Morelos sobre sus adictos son el dictado de "adivino" que daba algunas veces a su hijo Juan, y el curioso incidente de un indio de sus tropas, Marcelino Rodríguez, que fue aprehendido cerca de Cuautla cuando pretendía abrir el conducto del agua. Los oficiales que intervinieron en su aprehensión ase-

guraron que este indio, seguro de su muerte, insistió con terquedad en que su cadáver fuera llevado al interior de la plaza sitiada, para que Morelos lo resucitara. Al ampliar sus informaciones, el prisionero modificó su dicho, asegurando que si quería que su cadáver fuera llevado a Cuautla era para que Morelos se espantara de los daños de la guerra, y que, aunque había oído hablar de que el cura traía un niño que resucitaba a los muertos, no lo había creído.

Lo único que es posible deducir es que Morelos tenía con su gente un raro prestigio y que era designado vagamente como poseedor de facultades sobrenaturales.

Por este respeto, cuando el *cadáver* del coronel Perdiz anunció el fracaso de la expedición de Matamoros en busca de víveres, nadie habló de rendición, y todavía cuando Matamoros fue rechazado en Amelcingo, la noticia del desastre, que significaba la destrucción de la última esperanza no produjo el brutal efecto que debió causar, y sin desesperación ni desórdenes, los insurgentes iniciaron casi en silencio la retirada que debía verificarse el 2 de mayo.

Si entre los insurgentes eran comestibles las sabandijas y las pueras forradas de cuero, entre los realistas la situación no era menos precaria. Las enfermedades, que en el campo independiente arrebatan hasta 30 hombres por día, no eran menores en los campamentos realistas, pues a pesar de que la estación de aguas persistió en su retraso, el clima, cada vez más intolerable, auxiliado por los vientos, disminuía sin cesar las filas de Calleja. Cada día era más inminente el principio de las lluvias.

En los asaltos y escaramuzas, que no dejaron de verificarse con frecuencia, los realistas sufrían sin cesar pérdidas de importancia. Todavía el 30 de abril, a las doce del día, el general español escribió al *virrey* estas palabras: "La situación de César en Munda difería poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo, si apuramos nuestros recursos y las aguas se retardan." Con esta frase contestaba la verídica por Venegas en carta anterior, en la que decía que su situación era como la de César en Munda, porque en otras batallas había luchado por obtener la victoria, y en aquélla por salvar la vida.

El día 28 de abril Morelos ordenó que se dejara de correr la palabra en el campo, haciendo guardar un silencio absoluto, con objeto de que al romper el sitio el día 29 no se percatase el enemigo de sus

movimientos; pero como se desertaron dos músicos y avisaron a Calleja, éste dio la orden siguiente:

“Acaba de saberse por tres desertores de Cuautla que los enemigos intentan hacer fuga esta noche y se recela sea por el Calvario y por la hacienda de Buenavista; mas no sabiéndose de cierto el punto por donde la emprenderán, no pueden enviarse auxilios a puesto determinado, y conviene mucho estar en la mayor vigilancia y cuidado en todos los de la línea y dar aviso en el momento en que se advierta novedad para tomar las providencias convenientes.

“Campo sobre Cuautla, abril, 29 de 1812, a las 7 de la noche.

“Pueden emprender la salida antes que salga la luna.

“A todos los comandantes de puestos de línea.”

Morelos ordenó romper el sitio y mandó que se prendieran grandes hogueras en los baluartes y trincheras para que los realistas creyeran que estaban en sus puestos; hizo guardar silencio y dispuso esta

“Orden para el Servicio Militar de Cuautla:

“Que las lumbradas de los baluartes estén gruesas. Que tras de la avanzada vayan zapadores con herramientas. Síguese la vanguardia de caballería. Luego media infantería. Luego el cargamento de artillería. Luego la otra media infantería. Luego la retaguardia de caballería. Que se den velas dobles y se vendan las sobrantes y el jabón. Que repartido el pre se dé a cada enfermo un peso y la mitad del sobrante se traiga. Que se junten cuarenta mulas, y si no hay que se reduzcan los cañones. Que se repartan los cartuchos de a cinco paquetes; dos tiros y clavos.”

La terrible situación de ambos contendientes hace creer que la frase atribuída a Morelos, en contestación al indulto que se le ofreció: “Concedo igual gracia a Calleja y a los suyos”, no sea una de tantas invenciones destinadas a enriquecer la leyenda. En cualquiera otra circunstancia, semejante contestación debería tenerse como un ardido o como una temeraria insolencia frente a la muerte. En Cuautla pudo haberla estampado Morelos con sinceridad, porque la derrota perseguía tan de cerca a sus huestes hambrientas como a las tropas consumidas de Calleja.

Aunque esta frase no sea francamente cierta, no quita nada a la actitud indomable del caudillo mexicano. El 1º de mayo Calleja ordenó a los jefes de línea que trasmitieran por las avanzadas el bando de indulto expedido por las Cortes generales extraordinarias, en nombre del cautivo rey Fernando VII, y concedió un plazo de cuatro horas,

con suspensión de fuegos, para que se rindiera la guarnición o un cuerpo armado de ella; pero sin admitir en la rendición a la gente desarmada, niños o mujeres, para evitar que el enemigo se deshiciera de bocas inútiles.

Morelos dejó transcurrir las cuatro horas del plazo sin hacer fuego y hasta dispuso algunas manifestaciones de regocijo; nunca pensó acogerse al indulto.

La salida comenzó a verificarse el 2 de mayo, a las dos de la mañana; iba a la vanguardia, como siempre, el glorioso don Hermenegildo Galeana, con la mejor infantería, seguido de mucha gente de la población, incluyendo mujeres y niños, y la retaguardia estaba cubierta por otro grupo de infantería con dos cañones ligeros, porque el resto de la artillería fue utilizado o enterrado antes de salir.

A las cuatro y media de la mañana todavía Calleja no se percataba de los importantes movimientos enemigos, y en tales instantes escribía al virrey: "Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible, y por lo que respecta a mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no le acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestación lo que debo hacer."

Los insurgentes salían, entretanto, caminando silenciosamente por el cauce del río, junto a las lomas de Záratepec, por el norte de la población; al llegar al espaldón que obstruía su camino, tuvieron que hacer fuego sobre los 60 granaderos que lo defendían, haciéndolos retroceder y ganando el campo abierto, bajo los fuegos de los puntos laterales. El fuego puso a toda la tropa realista sobre las armas, y la caballería fue destinada a perseguir a los fugitivos, que, dispersándose por caminos y veredas, sin reconocerse ni orientarse por la obscuridad, fueron fácilmente desbaratados. La caballería realista hizo estragos principalmente en los grupos indefensos de gente del pueblo que huía por miedo a las represiones acostumbradas por Calleja. El mismo Morelos, perseguido muy de cerca, estuvo a punto de caer en manos de sus enemigos, y sólo pudo escapar gracias a la abnegación de su escolta, que resistió hasta ser aniquilada, para dar tiempo a su jefe de ponerse a salvo.

Y el anónimo autor del diario antes citado completa así la efemérides:

“1812. Mayo, 2.

“El cura Morelos sale de Cuautla a las doce de la noche; la vanguardia la manda Galeana, guiado por el práctico J. M. Aguayo; en el centro, los Bravo; Morelos, entre centro y retaguardia. La retaguardia la manda el capitán Anzures. Los Bravo salen con 300 hombres por entre las baterías de Santa Inés y Zacatepec; Morelos cae con su caballo en una zanja y se le sumen dos costillas; toma por Zacatepec a Ocuituco, donde se reúne Víctor Bravo, perseguido por Dragones de San Carlos. Galeana llega a Teacuajque a las nueve de la mañana, habiendo tomado por la hacienda de Santa Clara. En Ocuituco abandona Morelos el cañoncito Niño. Calleja ocupa a Cuautla a las 4 de la mañana; su tropa saquea la población y mata a los inermes y enfermos que no pudieron seguir a Morelos, el que sacó en la vanguardia 1,000 fusileros, 250 caballos, 5,000 honderos en el centro de la artillería y gente que quiso seguirlo, que fue infinita, y la retaguardia el mejor cuerpo de infantería. Calleja dice que Morelos perdió en el sitio 3,000 hombres, quita 30 cañones, banderas, cajas, y la persecución fue más de 7 leguas. Este sitio cuesta al gobierno sobre dos millones de pesos.”

Los vencedores ocuparon inmediatamente la población de Cuautla, encontrando las más terribles escenas de desolación. Fue desenterrada parte de la artillería, y todos los que habían prestado servicios a los insurgentes fueron castigados. Las tropas de Calleja saquearon hasta la iglesia, y los desórdenes de la soldadesca cayeron sobre el pueblo, ya tan maltratado por los rigores del sitio, el hambre y las enfermedades.

“La Gaceta de México” estampó jubilosamente esta noticia:

(Viernes 8 de mayo de 1812.)

“El Sr. Mariscal de Campo don Félix María Calleja ha remitido a S. E. el siguiente oficio sobre el glorioso resultado de la persecución de los rebeldes en Cuautla de Amilpas:

“Excmo. Sr.: No bien se habían concluído las diferentes acciones que precedieron a la toma de Cuautla y que exigen un detalle que mi salud no me permite formar cuando caí casi sin aliento en la cama, de un derrame de bilis, que aún permanece, y que a fuerza de muchos esfuerzos me permite poner a V. E. este oficio, que le instruye del resultado de la acción.

“El cura Morelos, admirado de la espantosa escasez que le redujo al término de comer insectos, cueros y cuantas inmundicias se les pre-

sentaban, estrechado por un bloqueo extraordinariamente vigilante, por un fuego constante y bien dirigido, hostigado de las enfermedades que le arrebataron más de tres mil hombres, perdida la esperanza de los socorros exteriores, cuyos cuerpos en más de doce mil hombres habían sido derrotados por este ejército en tres diferentes acciones; resolvió su retirada la noche del día en que por medio de las avanzadas y por solo efecto de humanidad se le habían remitido dos ejemplares del real indulto que a primera vista pareció que recibió con regocijo la guarnición, suspendiendo ellos y nosotros los fuegos, pero redoblando la vigilancia por nuestra parte."

Bustamante nos ofrece la nota pintoresca:

"Si el día 5 de febrero de 1812 fue memorable en México por la entrada de Calleja, triunfante de Zitácuaro, no lo fue menos el 16 de mayo del mismo año, en que llegó a Cuautla. Entonces se presentó ufano sobre un caballo robado, y ahora se dejó ver en coche con achaque de enfermo. Hizo alto en la garita de San Lázaro, donde lo rodearon muchos sucios enmantados de los que vagan por esta capital, como los famosos Lazaroni de Nápoles; saludáronle dándole el tratamiento de Excelencia, que no sólo recibió, sino que además se dejó besar la mano de muchos de estos vilísimos hombres. Muy luego se conoció la pérdida grande que había sufrido su ejército, pues se veían los cuerpos muy disminuidos y, además, sin oficiales; pérdida que, según se dice, se procuró ocultar haciendo vestir desde los pueblos de su tránsito a muchos carboneros y remeros. Echóse de menos la columna de granaderos, que era el cuerpo más hermoso de su ejército, a la que se le hizo que marchase para Puebla, al mando de Llano; arbitrio escogitado para que en México no conociésemos su enorme baja, y se les subrogó el batallón de Lovera, que entró tocando sus cornetas, que por primera vez se oyeron en México. Sin embargo de esto, se le procuró dar un aire de triunfo a esta entrada, trayendo la artillería dejada en Cuautla; la culebrina quitada a Porlier en Tenancingo, con un pedazo menos de boca; algunas cajas de guerra, algunos paisanos presentados en clase de prisioneros, y a don Leonardo Bravo, con sus dos compañeros, sorprendidos en la hacienda de Yermo, a quien procuraron los llamados gachupines cubrir de oprobio, dejándolo ver con un sombrero de petate en traje de mojiganga, con el que lo metieron en la cárcel, cerca de la una del día (yo testigo), que estaba colocado en uno de los balcones de Palacio, pertenecientes al tribunal de minería.

“Desde la garita de S. Lázaro se arrimó junto a éstos cierto hombre que se dice Conde de A . . . , y a quien no miento por su nombre porque es bien conocido por sus locuras, el cual desde a caballo los vino insultando hasta la puerta de la prisión. ¿Y estos se llaman caballeros? ¿Y estos traen al pecho la señal de la cruz, que les recuerda sus obligaciones, antes que de nobles, de cristianos amantes de los hombres, y compasivos para con los desgraciados? Uno de los espectadores de este ejército se tornó a mí y me dijo con mucha gracia: ‘Ahora se está aquí representando la comedia en la que un truhán entra muy ufano al teatro con un turbante y dice: Aquí está el turbante del moro que cautivé. ¿Y el moro?’, le preguntan. Ese se fue.

“Todos comenzamos a reírnos de la oportuna aplicación.

“Calleja y Venegas acababan de irritarse con el chasco de la fuga de Morelos, y ya se sacaban los dientes con demasiada procacidad; de modo que uno de cada casa, y ciento del baratillo sabían las desazones de estos dos califas, atizadas por los cortesanos de entrabmos . . . Los insurgentes, que eran el mismo diablo, interceptaron un correo en que Venegas respondía a la carta confidencial en que Calleja le ponderaba su gran triunfo de Cuautla y le decía: ‘Démosle gracias a ese buen clérigo de que nos ha ahorrado la vergüenza de levantar el sitio’.”

El sitio de Cuautla vino a poner de manifiesto la incapacidad del ejército realista, por falta de jefes y de disciplina, para vencer en una acción a las tropas de Morelos, que demostraron en esta ocasión, con gran sorpresa del gobierno virreinal, condiciones militares de primer orden, valor, capacidad y resistencia.

Durante setenta y dos días estuvo el famoso ejército del centro, mandado por su orgulloso general, frente a un enemigo menor en número, sin poder destruirlo. El prestigio de Calleja cayó tanto como creció el de Morelos, de tal modo que, aunque al final el éxito se inclinara hacia el jefe español, la fama y gloria fueron sin duda para Morelos, como lo asienta justicieramente el propio Alamán.

Bustamante escribió más tarde este comentario: “Débese notar que cuando entendió Morelos que iba a ser sitiado, procuró surtirse de toda clase de víveres; pero la premura del tiempo apenas le permitió los muy precisos para la tropa de la plaza. Es menester confesar que en esto se condujo con negligencia, debido a que tuvo por locura de Calleja emprender el sitio; a no estar en este errado concepto, sus providencias de precaución habrían sido acertadas.”

Este género de crítica, hecha con la mejor intención y con sentido común, no deja de producir una impresión semejante a las que provocarían las razonables observaciones que hubiera podido expresar Sancho Panza sobre las hazañas que intentó su amo. Sobre todo, se advierte en el caso de Cuautla que propiamente no hubo negligencia de Morelos, ni aun de acuerdo con los hechos que narra Bustamante, sino error, en gran parte justificado porque no podía prever la conducta absurda de Calleja, ni la duración del sitio, ni el fracaso de todas las operaciones de apoyo y auxilio que debieron ser realizadas por otras tropas insurgentes.